

REG

5/2026 (10)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

PRESENTACIÓN

ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES	Política y Pospolítica en la Modernidad Hipertecnológica	7
ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES	Datafication and the Crisis of the Person in Postpolitical Society	13
ALEJANDRO DE HARO HONRUBIA	Los desafíos de las nuevas tecnologías en la modernidad líquida. Una propuesta antro-po-técnica frente a los riesgos de la necro-técnica para la condición humana	31
CAMILA CUELLO	Entre el Mundo y el Desierto: Una lectura arendtiana de las redes sociales	45
CARL DOLAN	Disinformation, Democracy and the Myth of the Informed Citizen	61
JORDAN ZALIS	The Role of Integrated Marketing and Media Technology in the Diplomatic Projection of U.S. State Power	85
MATTHEW B. CRAWFORD ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES	La Propiedad de los Medios de Pensamiento: Tecnología, Pospolítica y el Gobierno de Nadie	119

ESTUDIOS

RAMIRO HERNÁNDEZ ROMERO	La guerra fría ideológico-cultural en América Latina: la controversia del Proyecto Simpático en Colombia	129
RUTH FERRERO-TURRIÓN	Capitalismo autoritario: mutaciones neoliberales, soberanía corporativa y resistencias democráticas	169

CRÍTICA

ANTONIO VIÑAO FRAGO	Escolarización y medio rural: ¿progreso o imposición, modernización o aculturación, movilidad social o desarraigo?	195
---------------------	--	-----

La guerra fría ideológico-cultural en América Latina: la controversia del Proyecto Simpático en Colombia

Ramiro Hernández Romero¹

CEIICH-UNAM²

México

Resumen: El presente artículo estudia la controversia del Proyecto Simpático en Colombia como parte de un conjunto de proyectos que se aplicaron en Latinoamérica en el decenio de 1960. La clase gobernante y las élites de poder estadounidenses intentaron pronosticar las causas de la insurgencia en la región, por lo que el Proyecto Camelot en Chile, el Proyecto Colonia en Perú, el Proyecto Marginalidad en Argentina, entre otros, se formularon con esos fines. Poco antes, los estudios relacionados con esas investigaciones provenían de un largo proceso de transformación en Estados Unidos. Se mantenía una correlación entre las ciencias sociales y la política. En el caso colombiano, participó un grupo de antropólogos y psicólogos para llevar a cabo la investigación, sin embargo, al concretarse, dio lugar una controversia social y política, con repercusiones en el ámbito nacional e internacional. Se distinguen tres grupos: 1) Los científicos sociales: antropólogos y psicólogos; 2) Los diputados del Congreso de la República de Colombia y 3) La prensa político-mediática: *El Tiempo*, *El Espectador* y *La Nación*.

Palabras clave: Proyecto Simpático; Antropólogos; Psicólogos; Colombia; Estados Unidos.

The ideological-cultural cold war in Latin America: the controversy of the Simpatía Project in Colombia

Abstract: This article studies the controversy surrounding the Simpatía Project in Colombia, which is part of a series of projects that were implemented in Latin America in the 1960s. The ruling class and the American power elites were trying to predict the causes of the insurgency in the region, and so the Camelot Project in Chile, the Colonia Project in Peru, and the Marginalidad Project in Argentina, among others,

1 Este artículo lo dedico a mi madre, Florencia Romero Sánchez, fallecida el 6 de diciembre de 2023. De la misma manera, a Palestina, que fallece por la indiferencia que nos invade. La solidaridad se encuentra extraviada en nuestros días.

2 El presente escrito forma parte de las actividades de investigación posdoctoral que se realiza en el Centro de investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

were formulated for these purposes. Shortly before, the studies related to these investigations came from a long process of transformation in the United States. There was a correlation between the social sciences and politics. In the Colombian case, a group of anthropologists and psychologists participated in carrying out the research, however, when it was carried out, it gave rise to a social and political controversy, with repercussions at the national and international level. Three groups are distinguished: 1) Social scientists: anthropologists and psychologists; 2) The deputies of the Congress of the Republic of Colombia and 3) The political-media press: *El Tiempo*, *El Espectador* and *La Nación*.

Keywords: Project Simático; Anthropologists; Psychologists; Colombia; United States.

Introducción

En el presente artículo se busca examinar la controversia social, política y cultural en torno al Proyecto Simpático en Colombia que se aplicó en 1965. Esta, como otras investigaciones que se aplicaron en este decenio, forma parte de la dimensión ideológico-cultural de la guerra fría en América Latina. Las investigaciones que hacen referencia a dicha dimensión, en realidad son muy recientes. Como bien afirma Rey, los estudios se centraron en las relaciones Estados Unidos-América Latina privilegiando la política y la economía, quedando fuera lo ideológico-cultural (2012). El presente artículo intenta aportar con un grano de arena para llenar este vacío. Cabe hacer mención también que los proyectos de investigación no han tenido interés entre los investigadores e investigadoras, ni mucho menos el caso del Proyecto Simpático. Se convierte en un tema importante por su relevancia histórica y por su carácter espacial, es decir, sus relaciones se dieron en su amplitud continental e intercontinental. Se trata de una manifestación ideológico, político y cultural que no tuvo límites territoriales. No obstante, se ejecutaron principalmente en los llamados «países en vías de desarrollo», eufemismo diplomático inventado para reemplazar la expresión «países subdesarrollados» (Raymont, 2007), que en nuestros días se le denomina con otro eufemismo: «Sur Global». De la misma manera, una cantidad de proyectos, no sólo se aplicaron en Latinoamérica, sino también en el sudeste asiático, particularmente en Vietnam durante la guerra.

En el Proyecto Simpático participó un grupo de antropólogos y psicólogos para llevar a cabo una investigación cuyo objetivo consistió en estudiar a los campesinos, la pequeña burguesía educada y una parte del ejército colombiano. Es decir, la mirada se fijó sobre un grupo social que podría llevar a cabo cambios en el orden social y político e incluso económico, similares a los que se habían realizado en Cuba. No obstante, al iniciar su ejecución, generó una

gran controversia político-social, extendiéndose a nivel nacional, y, en cierto sentido, a nivel internacional, involucrando a distintos grupos entre los cuales se destacaron: 1) Los científicos sociales: antropólogos y psicólogos; 2) Los diputados del Congreso de la República de Colombia y 3) La prensa: *El Tiempo*, *El Espectador* y *La Nación*. En la discusión se señalaba regularmente que el Departamento de Defensa de Estados Unidos estaba detrás de la organización y financiamiento del proyecto. Se le acusaba de intervenir en los asuntos internos y en la soberanía de la nación. Se trataba, en el fondo, según sus principales críticos, de un asunto de espionaje. Estas afirmaciones no estaban del todo fuera de la realidad, pues se sabía que Estados Unidos había intervenido en distintos países de la región.

En el decenio de 1960 la clase gobernante y las élites de poder estadounidenses organizaron una serie de proyectos de investigación con el fin de pronosticar las causas de la insurgencia en América Latina (Horowitz, 1966). Se contempló a un grupo de países latinoamericanos, entre los cuales se encuentran Argentina, Guatemala, Venezuela, Bolivia, Cuba, El Salvador, República Dominicana, Perú, Brasil, México y Paraguay. En la lista también se sumó a Colombia. De los cuales se intentaron o en su caso se concretaron, aunque parcialmente, el Proyecto Camelot en Chile (Hernández, 2020a), el Proyecto Colonia en Perú o el Proyecto Marginalidad en Argentina. Sus objetivos se hallaban íntimamente relacionados con el contexto social y político de la región, cuya finalidad consistía, como se dijo, en prevenir los conflictos armados internos o evitar una nueva revolución social.

Los citados proyectos adquieren importancia para la historia de la región, no sólo para conocer uno de los mecanismos de dominación de la clase gobernante y las élites de poder estadounidenses, sino también la de reconocer el restablecimiento o reestructuración del orden político-económico y social que se encontraba en crisis. A partir del decenio de 1960, por situarse en esta coyuntura, no sólo se pretendía reestablecer la dominación estadounidense en la región debido a que el triunfo de la Revolución cubana la había puesto en entre dicho, sino abarcaba otras partes del mundo. Los proyectos de investigación socio-antropológicas estadounidenses, por tanto, se convirtieron en una estrategia de dominación y neutralización social. Detrás aparece, entre otras, las familias Rockefeller y Ford. Los conceptos analíticos de los sociólogos estadounidenses C. Wright Mills y G. William Domhoff: élite de poder y clase gobernante respectivamente, que abordaremos en las siguientes líneas, son útiles para analizar la coyuntura histórica latinoamericana de mediados de siglo XX.

Nuestro trabajo consiste en analizar, primero, el contexto social y político de la guerra fría ideológico-cultural en la región, la cual esta inserta en contexto mundial, pero que adquiere su particularidad por su experiencia histórica y lo que acontece poco antes de la aplicación de proyectos de investigación. Se estudia con el fin de comprender lo que se discutió en el Congreso y el papel de la prensa en torno al Proyecto Simpático y los críticos del mismo. Luego nos concentraremos en Colombia para dar cuenta del por qué se convirtió en un escenario de una investigación de su tipo. Lo que acontecía en el país, estaba íntimamente relacionado con él, pues las contradicciones que se vivían obligaron a la clase gobernante y las elites de poder a utilizar un método de neutralización política y social. Después nos concentraremos en la controversia en Colombia en torno al citado proyecto y la aplicación del mismo. En este subapartado, nos apoyaremos de fuentes hemerográficas que es un recurso primario que sustenta la mayor parte del análisis. Sin embargo, es preciso mencionar que presenta límites, debido a que una parte de la información hemerográfica es sustentada por artículos que Ernesto Vidal transcribió en su totalidad en su libro. Se hizo con el fin de contrastar la información. Finalmente, analizaremos los resultados a los que llegamos y una conclusión general de nuestra investigación.

La guerra fría ideológico-cultural: los proyectos de investigación estadounidenses en América Latina

Durante la guerra fría también se manifestó la dimensión ideológico-cultural. Un tema que apenas cobra importancia entre los investigadores e investigadoras. Los términos que se usan para describirla son igualmente de uso reciente. Guerra fría cultural, por ejemplo, es utilizado por lo menos desde principios del presente siglo. Sin embargo, su origen proviene mucho antes. El historiador estadounidense Christopher Lasch, en su artículo *The Cultural Cold War: a short History of the Congress Ford Cultural Freedom* publicado en 1963, desarrolló este término para estudiar el enfrentamiento entre dos instituciones relacionadas con la intelectualidad contrarias entre sí durante la guerra fría: Congreso Mundial por la Paz (CMP) organizada y financiada por la URSS y el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) sostenido por Estados Unidos (Esteve, 2021). No obstante, la obra que le dio un nuevo auge entre la casta intelectual, se trata de la investigación titulada *La CIA y la guerra Fría cultural* escrita por Frances Stonor Saunders y publicada en 1999. En este trabajo se analiza como el gobierno estadounidense, a través de algunas de sus instituciones, creó un frente cultural para combatir la influencia comunista en Europa. Dicha obra es retomada por las estudiosas y estudiosos del tema en

América Latina, en el cual este frente cultural no es ajena en la región. Incluso podemos mencionar como el CLC adquirió tempranamente un carácter intercontinental, pues no solo involucró a los citados continentes, sino también el de Asia. Siguiendo esta línea, el trabajo de Kent Carrasco, una investigación muy reciente no sólo en cuanto al tema de la guerra fría cultural en general, sino al CLC en particular, menciona que un miembro del congreso en París, Iban Katz, instauró un canal de comunicación entre las sedes que se crearon en Delhi (India) y Ciudad de México (México) en la que se dieron una serie de intercambios, encuentros y paralelismo entre ambas sedes. Desde una historia comparativa analiza

[...] los vínculos, paralelismos y diferencias entre las sedes del Congreso en India y México con miras a contribuir al estudio transnacional -y transcontinental- de las redes de intercambio cultural e intelectual que durante décadas tempranas de la guerra fría vincularon a regiones lejanas del Tercer Mundo a través de la lógica marcada por las compulsiones ideológicas y geopolíticas que encauzaron el nuevo imperialismo estadounidense y su lucha por la contención del comunismo a lo largo y ancho del planeta (Carrasco, 2021, p, 5).

Es importante mencionar que el interés por una sede del CLC en México se hallaba la importancia que adquirió la casta intelectual y artística en el país por lo menos desde dos decenios atrás. Es decir, a partir del decenio de 1920 se mantuvo en la capital una población de esas características que, según Serge Gruzinski, «muchas ciudades de Europa envidiarían» (2004, p. 38), convirtiéndose en un territorio importante en la estrategia internacional como regional, principalmente por su influencia que luego tuvo sobre el sur del continente.

Dentro de la dimensión ideológico-cultural es pertinente mencionar también los estudios sobre la intelectualidad soviética en América Latina, que es la posición que enfrentaba directa o indirectamente al CLC, los cuales son también muy recientes. Cabe mencionar el libro de Rafael Rojas titulado *La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría* (2025), particularmente el capítulo: «Auge y declive del latinoamericanismo soviético», en donde analiza la producción historiográfica soviética en América Latina, lo que llama latinoamericanismo académico (p. 59). Principalmente con el tránsito al socialismo en Cuba en el decenio de 1960, se constituyó un sistema de edición, traducción y difusión de esta producción soviética. México fue relevante para la URSS desde el inicio de la guerra fría ideológico-cultural que enfrentó no sólo a los intelectuales del país sino a los estadounidenses, que muy poco tiempo después entró en una fase de profesionalización y expan-

sión. Los historiadores soviéticos abordaron la historia de México de distintos periodos, pero el que ocupó mayor atención fue la Revolución mexicana. Por ejemplo, comprendían que dicha revolución se debía observar dentro de un largo periodo democrático burgués, o antifeudal (Rojas, 2025). El protagonismo que adquirió de cierta manera el latinoamericanismo soviético en México, generó la reacción de algunos historiadores mexicanos como Daniel Cosío Villegas. Este representaba a la corriente historiográfica pragmático-positivista (Vadillo, 2016), siendo la interpretación dominante y legitimadora de los grupos de poder político-económico mexicanos.

Otra materialización de la dimensión ideológico-cultural, aunque en este caso incluye la política, se trata de las doctrinas militares que se ejecutaron en América Latina durante la guerra fría. Dichas doctrinas se aplicaron principalmente con el ascenso de un tipo de dictaduras militares que tuvieron lugar en los decenios de 1960 y 1970. Sus bases ideológico-políticas provenían de potencias imperialistas, principalmente de Francia (Doctrina de la Guerra Revolucionaria) y Estados Unidos (Doctrina de Seguridad Nacional). Las dictaduras asumieron el control del aparato estatal, distinguiéndose por su carácter represivo que se cristalizó principalmente en el Cono Sur. En torno a este tema es pertinente mencionar un trabajo en el que analiza una serie de investigaciones sobre las doctrinas militares que se ejecutaron en el sur del continente. Se trata de un artículo de Laura Sala (2021) titulado *Las ideas externas en las doctrinas militares latinoamericanas de la guerra fría*. Para la autora los textos que analiza se sostienen a partir de la hipótesis en torno al rol de los vínculos y las ideas externas en la elaboración de las doctrinas. Es decir, estudia los textos en torno a cómo se aborda la circulación de ideas doctrinarias entre las fuerzas armadas. Resulta un trabajo importante para comprender, en términos generales, la dimensión ideológica-cultural y sus diversas interpretaciones sociohistóricas y académicas.

En la región es posible distinguir, de la misma manera, otras formas en que se materializó la dimensión ideológico-cultural. Mencionaré dos más. La primera es la que se abordará en el presente artículo. La segunda, la trataré brevemente, pues no es tema que corresponda aquí, además porque es otra línea de investigación que se realiza.³ En este caso, el Departamento de Estado estadounidense financió una serie conciertos que formaban parte de giras continentales en donde el jazz se convirtió en el «arma sonora secreta» durante la guerra fría para «contrarrestar la supuesta propaganda soviética sobre

3 Véase: (Hernández, 2020b)

la segregación y la injusticia racial» (Corti, 2015, p. 84). Dichas giras, bajo el nombre Jazz Ambassadors Tour, iniciaron en el decenio de 1950 y se extendieron hasta la década de 1970. La mayoría de los músicos que participaron en ellas fueron afroamericanos, entre los cuales se hallaban los trompetistas Dizzy Gillespie y Louis Armstrong, la cantante Ella Fitzgerald y el pianista Duke Ellington. Las presentaciones iniciaban en México y luego los músicos se desplazaban hacia el sur de Latinoamérica. Armstrong, por citar un caso, visitó la Ciudad de México en 1956, 1957 y 1958. Se reunió, en algunas ocasiones, con Cuco Valtierra, Víctor Ruiz Pasos, Tommy Rodríguez y Mario Patrón en el Club Social Ritz, quienes formaron parte de un grupo de músicos que fundaron pequeños grupos de jazz e integraron al mismo tiempo grandes orquestas de jazz dirigidas, por ejemplo, por el trompetista cubano Arturo «Chico» O'Farril. Se sitúa en un periodo de auge del jazz en México, es decir, de mediados del siglo XX, con numerosos lugares como bares de jazz, salones de baile, cabarets y presentaciones en universidades públicas y privadas (Hernández, 2025, p. 128). En septiembre de 1968, por citar otro caso, Duke Ellington visitó la capital mexicana para presentarse en el Palacio de Bellas Artes y en el Auditorio Nacional (Zuckermann, 2022). Es decir, la guerra fría ideológico-cultural abarcó múltiples aspectos.

En el segundo caso, con el triunfo de la Revolución cubana se profundizó la aplicación de los proyectos de investigación socio-antropológica para combatir no sólo la influencia comunista, sino lo que se parecía a ella, aunque no lo fuera. Aunque en realidad se trataba, de acuerdo con Bozza, de un nuevo proceso histórico en el que anticomunismo regía las relaciones de poder (2014). Se materializó en programas de investigación social, en el que actuaron universidades y fundaciones como herramientas dependientes de las estrategias de seguridad del gobierno estadounidense desde el inicio de la posguerra. Una parte de esta estrategia cultural que en realidad integramos el termino ideológico porque la cultura también lo contiene y no es neutral, se manifestó en dichos proyectos, organizados y financiados principalmente por la clase gobernante y las elites de poder estadounidenses, aunque en ciertos casos, también participaron las latinoamericanas, como el caso colombiano, como veremos.

Los proyectos de investigación surgen de la preocupación de la clase gobernante y las elites de poder a la crisis de dominación en América Latina. Se vieron obligados a disponer de un aparato ideológico-cultural para analizar y evaluar la información que obtuvieron de los territorios bajo su control o que ya no controlaban. Es decir, estudiaron el territorio en donde había presencia de organizaciones político-militares que consideraban que amenazaban el

orden social dominante. Si bien, no fue el único medio de contención. Desde lo político-militar o línea dura, se organizó lo que llamarían la contrainsurgencia. Esta estrategia surgió a principios del decenio de 1960 cuando en el mismo día de asumir la presidencia John F. Kennedy se preguntaba: «¿Qué estamos haciendo en relación con la guerra de guerrillas?» La respuesta fue negativa: nada (Maechling, 1990, p. 33). No obstante, es importante mencionar que la élite de poder se mantenía ocupada en este asunto mucho antes de ganar las elecciones en Estados Unidos, y ya planeaba en reorganizar dicha contrainsurgencia en la región. Se basaba en la construcción de un enemigo, el cual sería el comunismo, aunque en algunas ocasiones se trataba de una abstracción debido a que los grupos que combatía no necesariamente se inscribía en él. Esta élite lo conformaba un grupo de descendientes de irlandeses nacidos en este país cuyos integrantes provenían, algunos, de la mafia irlandesa, que no toleraría que ningún cambio que afectara lo que llamaba: democracia (Tótoro, 2025). La guerra de revolución que se manifestaba en la región, se convirtió en un asunto prioritario para el Departamento de Estado y el Pentágono. Kennedy ordenó que se desarrollara una amplia y vigorosa contestación al «peligro» comunista. Esta élite de poder, representada por los irlandeses, creó un programa estratégico político-militar (contrainsurgencia) con el cual se enfrentaría la guerra de guerrillas. Es decir, se prepararon para la guerra, la cual partiría una parte desde las aulas universitarias: los proyectos de investigación. Aunque sus antecedentes provenían casi dos decenios atrás, convirtiéndose en una estrategia sutil o de línea blanda. En este decenio la Rand Corporation llevaba a cabo una serie de investigaciones especiales para el gobierno estadounidense, cuyo investigador, formado en la Universidad de Harvard, Daniel Ellsberg, era uno de los privilegiados. Curiosamente, después denunciaría los crímenes que cometió el ejército estadounidense en Vietnam (Howard, 2010).

Por clase gobernante entendemos a una clase superior que posee una cantidad desproporcionada de riqueza del país y de otras muchas partes del mundo. Recibe una cantidad también desproporcionada del ingreso anual de las propiedades que posee fuera del territorio estadounidense. Lo que la hace poseedora de gran poder económico y político mundial. Funda y conserva organizaciones caritativas como la Fundación Ford o la Fundación Rockefeller, que también le conceden poder para mover a mucha gente en muchas partes, entre los cuales se encuentra la elite de poder. En tanto, élite del poder, concebimos a aquella que ocupa cargos en las instituciones controladas por miembros de la clase superior o gobernante, con lo cual existe una relación inseparable. Ésta, que es una minoría influyente, controla la rama ejecutiva,

el gobierno federal, los militares, la CIA, entre otras. En tanto aquella como ésta, controlan las universidades, fundaciones, los medios de comunicación de masas y asociaciones (Domhoff, 2003).

Los proyectos de investigación surgen al finalizar la segunda guerra mundial. Sin embargo, el decenio de 1960 inició un nuevo proceso histórico en el que la clase gobernante y las elites de poder promovieron las ciencias sociales como un mecanismo de neutralización y control social. La clase excluida se convirtió en su objetivo primordial, quien protestaba por la desigualdad social y económica; situándose mayoritariamente en regiones de Asia y América Latina. Entre las universidades, la mayoría fundadas por la clase gobernante que se encargaron de utilizar el saber para llevar a cabo esta tarea, se encuentran el Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT, por sus siglas en inglés), la Universidad de Chicago (fundada esta última por John D. Rockefeller) y la Universidad Americana (American University).

En este decenio las nuevas ocupaciones de la elite de poder se destacaron en el desarrollo de las innovaciones tecnológicas en el área de las armas estratégicas, en el procesamiento de información con respecto a la formulación de políticas, en la información científica para operaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y en el desarrollo de instituciones especializadas en estudio de caso en áreas «conflictivas» como las consideraba la clase gobernante. Además, en la formulación de la política de penetración cultural en los países en desarrollo y en acuerdos de intercambios y asesoramiento en universidades. De la misma manera, en el adoctrinamiento de un grupo de la elite de poder (Referencias, 1970).

No obstante, una parte del aparato ideológico-cultural estadounidense se conformaba, por un lado, de los proyectos de investigación. Por otro, su contenido ideológico, es decir, la manera en cómo se abordaría los supuestos problemas que estudiarían las ciencias sociales. Dichos proyectos constituyeron las distintas formas de analizar las potencialidades revolucionarias, y, al mismo tiempo, la formulación de programas para la neutralización social y política. Sin embargo, se presentaba bajo la fachada de una práctica científica intachable y con alarde de «prestigio».

La aplicación de los proyectos de investigación se convirtió, por tanto, en un mecanismo de contención social en el escenario de la guerra fría en América Latina. El propósito de la clase gobernante y las elites de poder estadounidenses estaba también relacionado en el mantenimiento de su hegemonía y en ejercer presión frente a la influencia soviética y la Revolución cubana. Se hallaba también la confrontación con el marxismo en el terreno explicativo (Bozza, 2014). De la misma manera, formaba parte de una serie de políticas

formuladas para la región. En primer lugar, la clase gobernante estadounidense, propietaria de empresas como la Ford (automóviles) y Rockefeller (petróleo), junto con una parte de la latinoamericana, planificaron y llevaron a cabo intervenciones militares de las cuales se cuentan muchas, pero que destacan en el decenio de 1960 la invasión a Playa Girón (o Bahía de Cochinos), a la República Dominicana y el financiamiento, coordinación y promoción del golpe de Estado en Brasil en 1964. En segundo lugar, la aplicación de políticas socioeconómicas que se materializó en la llamada «Alianza para el Progreso», que fue un medio para «resolver» los problemas económicos de los países latinoamericanos. No obstante, la Alianza para el Progreso tuvo dos expresiones distintas: una liberal, que se enfocaba a un programa de desarrollo económico, reforma agraria y reforma universitaria. Se dirigían a los universitarios y a los campesinos porque se consideraba que allí había un potencial revolucionario. De ahí la necesidad de modernizar las universidades y cooptar a la pequeña burguesía educada, que se concentraba, por citar un caso, en la Universidad Nacional de Colombia. La cara antiliberal, por tanto, se enfocó en la doctrina contrainsurgente, con la finalidad de fortalecer la legitimidad política y militar de los Estados bajo control del gobierno de Estados Unidos que se sentían amenazados por el comunismo (Palacios, 2012). Dicha Alianza intentaba, o eso hacía creer, que la economía se industrializara, la productividad en la agricultura se incrementara y la esperanza de vida aumentara. En realidad, consistió en frenar toda influencia o indicio que ejerciera la Revolución cubana en la región. En tercer lugar, se trataba del financiamiento a centros de investigación y proyectos de estudio en ciencias sociales, en las que destacaba la antropología, la psicología, la sociología, la historia y la economía, que participaron, como se dijo, en la confrontación contra el marxismo como teoría de la estructura y dinámica del modo de producción capitalista. Se presentó como un caso novedoso en América Latina, y no tanto en Europa, que se dio años antes, por ejemplo, la corriente historiográfica francesa, llamada Escuela de los Annales, se confrontó con el marxismo y su creciente influencia a partir del decenio de 1930 (Urrea, 2021).

Los proyectos de investigación se organizaron en el contexto de la segunda guerra mundial cuando el gobierno estadounidense consideraba que sus fuerzas armadas no estaban a la altura de las circunstancias. Es decir, las necesidades militares obligaron a reformulara su institución. Luego de su participación en el conflicto, las elites de poder llevaron a cabo profundos cambios en el ejército estadounidense convirtiéndolo en una de las maquinarias más poderosas del mundo. Creció también la preocupación por contener el ascenso del comunismo, o en la formulación y reformulación ideológico-cultural

del anticomunismo. Uno de los cambios que se distinguieron consistieron en fusionar lo militar con las ciencias sociales, que ayudó a desarrollar una estrategia para controlar las zonas de mayor influencia soviética. El desarrollo de las ciencias se llevó a cabo bajo el impulso directo de estas elites. Lo cual no anula el contenido objetivo con el cual permite analizar la realidad y se sostiene desde un contenido absolutamente subjetivo, sosteniendo y justificando intereses de la clase gobernante. En ese sentido, organizaron misiones para transformar dicha institución, que van desde el financiamiento en investigaciones básicas en varios campos de la ciencia, hasta la de estudiar las condiciones materiales de distintos espacios geográficos con el fin de impedir políticamente cualquier agresión del «enemigo» (Bowers, 1971). Desde entonces aumentó el interés en el uso y desarrollo de las distintas ramas de la ciencia en las fuerzas armadas. El Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, fueron las primeras instituciones en promover las investigaciones para impulsar su desarrollo. Aunque después se involucró a todo su organismo político-militar.

En 1947 el Congreso estadounidense aprobó la ley de Seguridad Nacional con la cual legalizaba el uso de las ciencias sociales en las fuerzas armadas. A partir de entonces se estimuló su papel, que sería fundamental para el conocimiento y control político y social de los territorios de las indistintas partes del mundo. El Consejo de Seguridad y Desarrollo consideró importante el uso de la sociología, la psicología y la antropología para el avance de la industria militar. En ese año se organizó un grupo de científicos con el fin de fundar un consejo que coordinara los proyectos de investigación en los distintos campos científicos. Se creó, por ejemplo, una comisión que se dedicó especialmente a las investigaciones en ciencias sociales. El Departamento de Defensa organizó en 1949 tres centros de investigación dedicados a dichas ciencias, y el Departamento del Ejército realizó contratos con las universidades de Washington, entre las cuales se encuentra la Universidad Americana. El Departamento de Marina llevó a cabo sus investigaciones a través de la Oficina de Investigación Naval y la Oficina de Personal Naval (Bowers, 1971). A principios del decenio de 1950 ya era una organización sólida y con una estructura consistente para la planificación y análisis de investigaciones en las áreas de la sociología, antropología, economía, entre otras ramas de las ciencias sociales. La Armada, la Fuerza Aérea y el Ejército, por tanto, se consolidaron y adquirieron un papel central dentro del gobierno estadounidense con el apoyo de las ciencias sociales.

Graziano menciona que una de los primeros proyectos y operaciones de investigación secretas, en este caso dirigida por la CIA, se trata del Proyecto Clip

de Papel.⁴ El cual requirió de un número de científicos y militares nazis para trabajar en él (2013). Dicho proyecto fue importante para establecer las bases en la formulación de las futuras investigaciones en este país como en otras partes del mundo. La participación de investigadores (sociólogos y psicólogos) y militares nazis radicados allí, ayudaron también a crear otro proyecto de investigación llamado MK-Ultra, en el que, según Graziano, se realizaron experimentos de control mental «con seres humanos sometiendo al influjo de drogas experimentales, radiación, electromagnetismo, etc.» (p. 176).⁵ No obstante, para Davison, el Proyecto Troya se convirtió en la primera investigación en la que se apoyaron de las ciencias sociales, cuya aplicación se dio entre 1950 y 1951 (1971). La cual había surgido a instancias del Departamento de Estado y apoyado por el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). El objetivo consistió en obtener un estudio psicológico sobre la actitud de las personas y los comportamientos de los distintos grupos sociales que vivían en condiciones de guerra. Esta investigación tuvo un soporte político-militar y académico que Estados Unidos impulsaba desde el inicio de la guerra fría. Los proyectos antes citados, por tanto, fueron un antecedente. Sus resultados que beneficiaron el orden dominante estadounidense, les dio legitimidad y adquirió «respeto». Fomentó la idea de redescubrir problemas que eran resueltos por las ciencias sociales.

De esta manera, al finalizar la segunda guerra mundial y luego del ascenso de la guerra fría, se intensificaron las investigaciones en todo el mundo, particularmente en América Latina. Es importante mencionar que las investigaciones fueron también, para esta parte del continente, una expresión en el proceso de transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Inmersas por las pugnas internas y externas, generadas por las relaciones entre las elites de poder latinoamericanas con las elites y clase gobernante estadounidenses, que se materializaban principalmente en las ciudades latinoamericanas. Gorelik afirma que en estas ciudades se dio una politización en las relaciones técnicas e intelectuales entre los países latinoamericanos y Estados Unidos. Aunque se dieron desde luego crecientes formas de interacción y colaboración, no estuvieron exentas de cuestionamientos por las intervenciones de esta potencia en Latinoamérica, como fue el caso del Proyecto Camelot en Chile en 1965 (2025). Este proyecto fue el primer caso en la región. El cual, cabe mencionar, sigue cobrando interés entre las investigadoras e investigadores, pues siguen

4 El original del inglés es «Project Paperclip»

5 Graziano menciona también otro proyecto denominado Operación Gladio, el cual se ejecutó en Italia, cuyo propósito consistió en eliminar el terreno fértil para evitar el ascenso de un gobierno de izquierda.

apareciendo nuevos estudios tanto históricos como literarios (novelas, con datos valiosos) que aportan nuevas hipótesis y nuevos datos en torno al tema. Por ejemplo, el trabajo de Dauno Tótoro Taulis titulado *Camelot*, publicado en Chile. El citado proyecto, se relacionaba, por su objetivo y organización, con el Simpático en Colombia, que tuvo lugar en 1966.

Estas investigaciones iniciaron, como se dijo, con el ascenso a la presidencia estadounidense de un nuevo grupo de la elite de poder: los irlandeses, quienes ocuparon espacios clave en el gobierno estadounidense. Con la llegada a la presidencia de Estados Unidos John F. Kennedy primero y de Lyndon B. Johnson después, las ciencias sociales ganaron cierto «prestigio» en la vida política, social y cultural. Como se dijo antes, Kennedy partía de su preocupación al preguntarse qué se estaba haciendo en relación con la guerra de guerrillas. Consideraba que las insurgencias formaban parte de un complot comunista que merecían una respuesta similar (Maechling, 1990), y los proyectos de investigación formaban parte de este proceso. Ello motivó a que fuera financiado un conjunto de científicos sociales (psicólogos, sociólogos y antropólogos), para atender los problemas de seguridad nacional estadounidense. Es decir, la retórica global del presidente Kennedy, y luego Johnson, consistía en construir y aplicar un programa de contención de la revolución socialista en todo el mundo. En este periodo, una parte de las ciencias sociales latinoamericanas se encontraba estrechamente relacionada con las instituciones gubernamentales estadounidenses, las cuales se confrontaban con el marxismo. Un asunto que también ya venía de lejos, pero que se consolidó desde el fin de la segunda guerra mundial. La clase gobernante estadounidense financió a las élites de poder estadounidenses y latinoamericanas a través de sus fundaciones Ford y Rockefeller, con el fin de apoyar o desarrollar la sociología e impulsar los estudios sociológicos en los distintos países de la región. Lo cual no tenía un propósito inocente ni neutral, sino todo lo contrario. Lo cual no resulta extraño, por tanto, que apareciera el Proyecto Simpático en Colombia, en donde había gran movilización social que cuestionaba el orden dominante.

El Simpático lo financió la Universidad Americana, junto con el Departamento de Defensa de Estados Unidos, bajo la dirección de Organización de Investigación para Operaciones Especiales (SORO, por sus siglas en inglés). Éste, y el Proyecto Camelot que se intentó aplicar unos meses antes en Chile (Hernández, 2020a), constituían el mismo programa político estadounidense sobre la región. Los dos se asimilaban en cuanto a los objetivos que perseguían. En el Simpático empleó a un grupo de antropólogos y psicólogos cuya intención consistía en estudiar, entre otras cosas, las reacciones de la población nativa ante los programas de acción cívica. Sin embargo, como veremos,

provocó gran controversia entre un grupo de la elite (investigadores, diputados y periodistas).

Debido a las controversias que se dieron en América Latina en torno a los proyectos citados, provocaron que en Estados Unidos el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado se confrontaran entre sí. No obstante, la polémica no sólo se suscitó a raíz de dichas controversias, sino en el fondo se hallaba la férrea lucha por mantener la planeación y el control de muchas otras formulaciones en torno a la política exterior estadounidense. El Departamento de Estado conservaba el control de los proyectos, y la primera había quedado excluida sin que nunca dejara de reclamarlos. Esta confrontación siguió latente entre elite de poder que constituían dos instituciones clave en el gobierno estadounidense. Se intercambiaron opiniones y críticas, en las que se acusaban de las preferencias hacia algunas instituciones y la exclusión de otras. Dichas confrontaciones se extendieron a lo largo de los decenios de 1960 y 1970, manifestándose incluso en asesinatos que se gestaron entre los miembros de la elite de poder, generando preocupación no sólo en Estados Unidos, sino fuera de sus límites territoriales.⁶ Pero más allá de la confrontación entre ambos departamentos, el Proyecto Simpático representaba una de tantas formas en que se expresó la guerra fría en América Latina, cuyo aspecto, como se dijo, se centró en lo ideológico y cultural.

Escenario social y político del proyecto simpático: Colombia

El Proyecto Simpático intentaba remediar y neutralizar las contradicciones sociales que se generaron y se profundizaron en Colombia. Es decir, contrarrestar las confrontaciones entre aquellos que poseen todo y aquellos que no poseen nada. Escribir sobre el Simpático. De acuerdo con Alain Roquié, el país vivía las condiciones más desfavorables de todos los países de América Latina (1984). Los problemas sociales, políticos y culturales inmersos en el territorio colombiano, impedían alguna estabilidad, y los gobernantes carecían de legitimidad. Desde inicios del siglo XX se profundizaron la pobreza y el analfabetismo. Un número importante de la población quedó excluida de la educación básica. En las zonas rurales a los campesinos se le despojó de sus tierras, y se les obligó a migrar a las ciudades. Los terratenientes, que se habían hecho de extensas tierras luego de contratar a grupos paramilitares, conservaban el control de una parte importante del territorio. Se mantenía una escasa integración nacional, lo que hacía imposible que la clase gobernante y la elite de

⁶ El asesinato de John F. Kennedy en noviembre de 1963, es un ejemplo de la pugna entre la elite de poder. Involucró a la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés).

poder colombianos pudiera ejercer su dominio. Las clases excluidas veían una Iglesia católica poderosa, aliada de la clase gobernante, y capaz de controlar un grupo importante de regiones del país. Funcionaba como legitimadora de la propiedad terrateniente y de la violencia que ejercía sobre los despojados. Esta contradicción se profundizó desde el decenio el 1940, periodo en el que se ahondó la crisis social y política. La oligarquía, la dirigencia bipartidista-estatal y la eclesial, profundizaron la violencia.

El ejército, que nació bajo la égida del Partido Conservador, profundizó y mantuvo el monopolio de la violencia rural; aunque poco después en algunas regiones los paramilitares mantenían el control. Vigilaba regularmente lo que consideraba zonas de «inseguridad», y se mantuvo una política de limpieza de quienes no parecían conformes con el orden social dominante. La clase de gobernante y las elites de poder abocaban por operaciones antiguerrilleras, siguiendo el plan de «seguridad» diseñada por elites de poder de Estados Unidos. Esta acción fue parte de la materialización de la lucha entre conservadores y liberales, que afectaba al país y generaba un panorama desolador. La violencia institucionalizada configuró o reconfiguró un terrorismo estatal, el cual sería abiertamente apoyado por la clase gobernante y elites de poder de Estados Unidos, Europa y América Latina (Calvo, 2018). De hecho, la violencia estatal desempeñó un papel central en el proceso de reconfiguración hegemónica. Al mismo tiempo, se reorganizó bajo la modalidad de guerra anti-subversiva, por lo cual la violencia institucionalizada generó entre trescientos y cuatrocientos mil muertos durante los años de 1948 y 1956 (Rouquié, 1984).

Al mismo tiempo, la insurrección se reorganizó como una forma de respuesta a la violencia dominante. La cual se profundizó desde el asesinato del líder liberal, Jorge Eliécer Gaitán, acaecida el 9 de abril de 1948. Tras ser asesinado, desencadenó lo que se conoce como el bogotazo, que consiste en la movilización social y el empleo de la violencia como una manera de defenderse de estas condiciones. El ejército modificó su papel llevándolo a participar directamente en el poder, es decir, a tomar decisiones directamente para combatir la insurrección. Dicha crisis, sin embargo, se profundizó en 1946 a partir del retorno de los conservadores al gobierno, y las políticas emprendidas por la presidencia de Mariano Ospina Pérez (1946-1950), cuyo objetivo consistió, entre otras cosas, en combatir el descontento social generado por la desigualdad social. Gaitán lo aprovechó movilizándolo a las clases trabajadoras y campesinas, prometiendo combatir las injusticias provocadas por la clase gobernante y la elite de poder. Esta movilización denunciaba el abismo entre dichas clases y la mayoría de las clases empobrecidas, despojadas y explotadas. Al responder a estas condiciones, Gaitán se convertiría en un «peligro»

para los citados grupos de poder. El embajador estadounidense en Bogotá lo había advertido en una conferencia realizada en el citado año (Calvo, 2018).

Las autoridades civiles y eclesiásticas reclutaron a prófugos y bandidos para extender la violencia en todo el país. Se extendió y profundizó sobre todo en gran parte del territorio gaitanista y liberal. Luego del golpe de Estado propiciado por Ospina, los liberales quedaron fuera del juego político, sin que haya quedado otro camino que la rebelión, transformándose en algunos casos en guerrilleros cuyas organizaciones combatieron especialmente a los terratenientes y sus paramilitares. Una parte de la clase obrera calificada y no calificada, así como campesinos, fundaron organizaciones político-militares, autodefensas obreras y campesinas para hacer frente a estas condiciones. Al arribar el decenio de 1960, dichas organizaciones se transformaron en nuevas formaciones de tipo militar o guerrilleras que se asimilaban al Movimiento 26 de julio de Cuba. Es decir, se convirtieron en organizaciones armadas de tipo castro-guevarista, influenciadas por la Revolución cubana que ahora enfrentarían a las elites de poder y la clase gobernante.

Con el triunfo de la Revolución cubana no solo se renovaron estas organizaciones militares, sino también los estudios de América Latina. Dicha renovación se dio también con el apoyo del gobierno revolucionario cubano, asesorando o participando directamente en los combates en el territorio colombiano. En cuanto al marxismo en su aspecto teórico, por ejemplo, impactó en las ciencias sociales, particularmente en Colombia. Es decir, estimuló el desarrollo de las llamadas ciencias sociales marxistas en las universidades latinoamericanas, y enriqueció a la economía política, la sociología, la ciencia política y la historia (Löwy, 2015). No obstante, también se destacaron otros aspectos. Por un lado, cobró importancia de la ética revolucionaria y el pensador crítico. Es decir, el papel del intelectual comprometido y revolucionario, quien también estaría fuertemente influenciado por la descolonización africana, la guerra de Vietnam, las protestas juveniles y la rebelión antirracista en Estados Unidos que «fuera de los cuales es difícil pensar cómo podría haber surgido la percepción de que el mundo estaba al borde de cambiar y de que los intelectuales tenían un papel en esa transformación» (Gilman, 2012, p. 37). Lo cual resulta inseparable del proceso revolucionario de la región. Por otro, el carácter socialista de la revolución en América Latina. Por último, la lucha armada como un medio de combate a los regímenes dictatoriales creadas y financiados por Estados Unidos, los cuales tenían bajo control una parte la región (Löwy 2015). El nuevo tipo de lucha armada, es decir, el «voluntarismo revolucionario» mostró la profundización de las contradicciones. En el terreno ideológico-cultural se abrió un espacio de disputa. Se cuestionaron no sólo

a las ciencias sociales estadounidenses, sus imitadores y las teorías de la CEPAL, sino también los proyectos de investigación. La sociología, la antropología y la sociología aplicadas, que sostenían a los proyectos citados, entraron en un proceso de deslegitimación, aunque no quiere decir que se impidiera su práctica en la región. En la región de Tolima sería uno de sus objetivos debido a que allí las organizaciones político-militares tuvieron gran presencia, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Un espacio que habían ocupado las autodefensas y guerrillas liberales entre 1949 y 1953 (Palacios, 2012). Con la fundación del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), también generó interés por analizar el territorio en los sostenían.

La efervescencia revolucionaria involucró también a una cantidad de organizaciones de masas conformadas por campesinos, obreros, estudiantes y trabajadoras domésticas. Se llevaron a cabo grandes movilizaciones que puso en peligro el orden social dominante. No es casual que haya aparecido el Proyecto Simpático. Las nuevas condiciones políticas y sociales obligaron a la clase gobernante y a las élites de poder estadounidenses y colombianas a modificar su estrategia. Los estudios socio-antropológicos financiados por Estados Unidos se convirtieron en una muestra de esta modificación estratégica. Dichas elites y la clase gobernante estadounidenses, como se vio, no permanecieron pasivas. En lo político-militar, la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), fue muy activa tanto en el territorio colombiano como en otras partes de la región. El 4 de febrero de 1963, por ejemplo, la citada agencia informó, según un documento desclasificado por el gobierno estadounidense y publicado por el Archivo de Seguridad Nacional con el título *CIA Information Report, «Cuban Support of Guerrillas in Colombia*, que un oficial de inteligencia cubana, Máximo Gruber, había sido nombrado líder de una guerrilla comunista en Sumapaz, Colombia. El informe mencionaba que en dicho país esta persona trabaja con Jaime Guerra, alias «Capitán Veneno», vinculado al Partido Comunista Colombiano (National Security Archive, 2025). Otro documento fechado el 27 de marzo de 1963 con el título *CIA Memorandum, «Cuban Training of Latin American Subversives»*, aseguraba que la CIA buscaba obtener información en torno a como Cuba entrenaba y equipaba a subversivos en Latinoamérica dos años después de la frustrada invasión de Bahía de Cochinos liderada por la CIA. Además, buscaba rastrear los viajes de ciudadanos colombianos a Cuba, quienes recibieron entrenamiento en guerra de guerrillas, uno en contrainteligencia y otro acudía a una escuela de cuadros (National Security Archive, 2025). Después de analizar este contexto de gran efervescencia, nos permite entrar en la controversia del proyecto Simpático, siendo parte

del mismo proceso de contrainsurgencia que atravesaba no solo el país, sino gran parte de la región.

La controversia por el proyecto simpático

Al hacer una serie de indagaciones por el *Archivo de Seguridad Nacional* y los *Archivos y Colecciones Especiales de la Universidad Americana*, la información escasea en torno al Proyecto Simpático. Aunque se menciona al Camelot, en el caso de estos últimos, no se dice nada de aquel. Lo cual presenta una limitante en esta investigación que se pretende solucionar con las futuras investigaciones a medida que se permita acceder a documentos desclasificados por el gobierno estadounidense. Sobre todo, con el fin de puntualizar el contenido del Proyecto Simpático, que es importante para conocer a fondo el propósito del mismo. No obstante, hay mayor información en torno al Camelot debido al «escándalo» que provocó no sólo en Chile y otras partes de Latinoamérica, sino en Estos Unidos. En este caso, si se accedieron a documentos oficiales del gobierno chileno en donde se puede observar su contenido, que se publicó en un artículo que se refiera al caso y que se mencionó antes. En relación al Simpático, pasó prácticamente desapercibido, y produjo poca movilización e información. En esta parte del artículo, una parte se sostiene de fuentes hemerográficas que se obtuvieron cuando se publicaron y circularon por internet en 2011 provenientes de archivos venezolanos que rápidamente desaparecieron, pero que se registraron a mano debido a la dificultad de acceder a ellos para guardarlos en algún sitio. Con ello se permitió citar una parte de las fuentes en torno a la controversia del Simpático. Cade hacer mención que a medida que el historiador se acerca a nuestros días, depende cada vez más de la prensa, que es la más presente para los habitantes. Se complementó y se contrastó con las investigaciones realizadas por Gregorio Selser y Ernesto Vidal. En el caso de este último, existen algunas transcripciones de artículos de periodísticos que transcribió en su totalidad. Su trabajo se publicó precisamente un año después del debate (1966), por lo que resultaba todavía fresco, y quedó como registro para las futuras investigaciones. En el mismo año Selser también publicó su primera investigación en relación al tema, la cual sostiene parte de lo que se analiza en este artículo. Siguió publicando investigaciones como *Sociología y espionaje* (1967), en la revista cubana Pensamiento Crítico. Es preciso mencionar que estos investigadores fueron críticos de las intervenciones de Estados Unidos en la región. En el caso de Selser, fue un historiador y periodista comprometido con la historia de América Latina. Vivió todo el periodo de la guerra fría, las insurgencias revolucionarias en la región surgidas después del triunfo de la Revolución cubana y la guerra civil en Centroamérica, que

enfrentaron a las intervenciones de Estados Unidos bajo la política de contra-insurgencia (Toussaint, 2010). Por lo que parte de las fuentes que se tomaron aquí, tienen un sentido de denuncia.

Es importante empezar diciendo que el Proyecto Simpático en Colombia se asimilaba con el Proyecto Camelot en Chile, debido al mismo objetivo. Consistía en estudiar a las mismas clases sociales en cada uno de los países en los que se ejecutó. Aunque en el caso colombiano, se centraron en los campesinos y la pequeña burguesía educada, y no tanto al ejército, a quien estudiaron en menor medida. Los investigadores colombianos, entre ellos, psicólogos, antropólogos y sociólogos, reaccionaron al conocer su propósito. Al renunciar, rechazaron en seguir con la investigación. Posteriormente lo difundieron y lo denunciaron en algunas instancias del Estado, particularmente en el Congreso, generando un debate que puso al descubierto a los organizadores, financiadores y promotores del Simpático.

Al analizar algunos artículos de la prensa, se puede observar su participación en la discusión. El diario *El Tiempo* publicó una nota del 27 de agosto de 1965, refiriendo al proyecto con el nombre de «Operación Simpático». Mencionaba no sólo el citado proyecto, sino también uno similar que se aplicaba en Perú con el nombre Proyecto Colonia. Lo cual muestra la confiabilidad de la investigación de Gregorio Selser, quien menciona que dichos proyectos formaban parte del mismo proceso. En el caso colombiano, aseguraba que el gobierno sabía de su existencia, pues desde su planeación ofreció todos los recursos. Incluso, la clase gobernante colombiana fue la más interesada en la investigación. El objetivo, según el autor, se distinguía por «estudiar las reacciones de la población nativa ante programas de acción cívica puestos en vigor con ayuda de organizaciones cívico-militares norteamericanas en Colombia y Perú, respectivamente» (Selser, 1966, p. 163).

El 28 de agosto de 1965 el diario *El Tiempo*, sin embargo, publicó un resumen de lo que, según este diario que contrasta con lo dicho por Selser mostrando dos concepciones distintas, había publicado la agencia de publicidad llamada UPI en Washington, Estados Unidos, en el que se aseguraba que el Simpático era

Un amplio estudio socioeconómico cuyo objetivo es determinar el efecto que está produciendo sobre la población rural de diversas zonas del país una variada serie de proyectos de desarrollo y, dentro de esto, la reacción popular y los efectos concretos de la acción cívico-militar que viene ejecutando el ejército colombiano (Vidal, 1966, p. 5).

Líneas después, en el mismo artículo, se afirmaba de los dos proyectos que un día antes había difundido el diario *El Tiempo*: «Los proyectos de los dos países –aludía a un plan similar en el Perú, conocido como «Operación Colonia»– están bajo la dirección de SORO, entidad coneitada (sic) con el departamento de Defensa de Estados Unidos» (p. 5). Se aludía también a los cuestionamientos que se produjeron en el senado de Estados Unidos. Allí el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, J. William Fulbrighth, relacionaba dichos proyectos con el Proyecto Camelot en Chile, organizado también por SORO, y manifestaba su preocupación al decir que «creo que detrás de esa aparente fachada de ciencia, tales estudios ocultan una política reaccionaria, miope y opuesta a las reformas» (p. 6).

Su postura se trata de un tema ya tratado antes en otras investigaciones, que se relacionaba con la discusión que se seguía en Estados Unidos en torno a la participación del Departamento de Defensa y el Departamento de Estado para dirigir los proyectos de investigación que se iniciaron poco antes de la aplicación del Proyecto Camelot en Chile (Hernández, 2020a). Dicha discusión también se centraba en la efectividad que podrían tener estas investigaciones, o en la necesidad de elegir mejor la línea dura, es decir, la vía militar. No obstante, se sumaban las propuestas para realizar reformas en los países latinoamericanos para cambiar las condiciones de vida de los habitantes más vulnerables, robustecer las fuerzas de la democracia y ampliar las oportunidades educativas de toda persona en América. Las cuales se trataban de las promesas de campaña de John F. Kennedy, que se materializaron, por ejemplo, en la Alianza para el Progreso (Suarez, 2006). Un asunto que se profundizó con la difusión del Simpático y el Colonia. La amplitud del asunto, despertaría gran preocupación en América Latina al considerarse que sus métodos intervenían en los asuntos internos. Al difundirse el Proyecto Simpático en Colombia, profundizó la preocupación provocando la movilización de una parte de la sociedad quienes cuestionaron su propósito y trataron de frenar la investigación.

En Estados Unidos, según el diario *El Tiempo* con fecha del 27 de agosto de 1965, el senador J. William Fulbrighth se había sumado a los cuestionamientos en los que manifestaba su preocupación (p. 6). Para la mayoría de la población colombiana, sin embargo, la existencia de un proyecto como el Simpático pasó casi inadvertido, y se tomó con indiferencia. Al negarse la información, además la dificultad de tener un conocimiento general básico sobre el tema que pudo haberse ofrecido a amplias clases sociales, estaba en el fondo de esta despreocupación. En el caso de la prensa, las afirmaciones en sus artículos, como veremos, a veces aparecían desconectadas o aisladas.

Es pertinente mencionar al investigador, Ernesto Vidal, quien consideraba que el Camelot fue el proyecto «madre», el cual sirvió al Departamento de Defensa de Estados Unidos para organizar el Proyecto Simpático en Colombia y el Proyecto Colonia en Perú (1966). Los autores de las fuentes mencionadas antes, valoraban lo dicho por este investigador. Afirmó que las instancias gubernamentales estadounidenses que participaron en el Camelot también lo hicieron en los citados proyectos. Advirtió que había una continuidad entre los tres. Sin embargo, cabe decir que los dichos proyectos, así como el Proyecto Numismático en Venezuela, demostraban que iban más allá de un limitado grupo, así como los límites territoriales de la región. En el caso del Proyecto Simpático se trataba de una modalidad particular muy ligado al caso chileno, que también se tachó de nueva forma de intervención en Colombia. La clase gobernante y las elites de poder estadounidenses habían dado lugar a estas modalidades más sutiles y al mismo tiempo más complejas. Representaban nuevos planes de contención y penetración socio-psico-antropológica, que se distinguía dentro de la línea blanda, en contraposición con la línea dura como las intervenciones militares. Es posible que en algunos casos los proyectos prepararan las condiciones para una intervención directa del ejército.

Fue en julio de 1965 que inició la aplicación del Proyecto Simpático. Selser mencionaba también que su objetivo consistió en «analizar los programas de acción cívica del ejército local y su efecto en la actitud del pueblo» (1966, p. 9). Es decir, esta institución no sólo participaba en la aplicación del citado proyecto, sino también se estudiaron sus programas. Sin embargo, esta información contrasta con la investigación de Rouquié, quien afirma que desde 1948 gozaba de una creciente legitimidad entre la clase gobernante (1984: p. 233), por lo que no tenía sentido estudiarlos. En el caso del Simpático, el ejército brindó su apoyo, permitiendo llevar a cabo algunas investigaciones en las áreas rurales y en donde se profundizó la violencia.

La Oficina de Investigación de Operaciones Especiales (SORO, por sus siglas en inglés) dirigida por la Universidad Americana que desde 1956 había tenido contratos con la Oficina del Jefe de Estado Mayor de Investigación y Desarrollo del Ejército estadounidense, también participaba en el citado proyecto. Se llevó a cabo hasta que finalizó, cambiando de personal por lo menos en dos ocasiones debido, como veremos, a la renuncia del primer grupo de investigadores. La controversia trascendió más allá de sus fronteras, aunque en mucho menor medida que el Camelot. La discusión en torno al Simpático no tuvo la misma fuerza, pues el gobierno colombiano trató de minimizar el asunto y limitar su difusión dentro como fuera de sus fronteras. Esta característica creó ciertas condiciones que restringieron, en parte, el seguimiento

de la discusión y las críticas que se generaron. Aunque no impidió a que se conociera en gran parte del territorio de América Latina.

Según Gregorio Selser, en un artículo publicado el 7 de junio de 1967 en el diario *El Nacional* de Venezuela, se refería, entre otras cosas, al caso colombiano afirmando que los estadounidenses Norman Smith (psicólogo) y Howard Kaufman (antropólogo), investigadores de la Universidad Americana, se encargaron de dirigir la investigación en Colombia. Llegaron a Bogotá en julio de 1965 para familiarizarse con el país y buscar los científicos para llevar a cabo la investigación. Aunque dista mucho de que sea su primera vez, pues en Vietnam participaron en un proyecto similar con la finalidad de controlar las zonas de conflicto, sobre todo en donde había presencia de organizaciones político-militares. Estas se componían mayoritariamente de campesinos poseedores de una gran organización, enfrentando a un ejército poderoso que le asestaron grandes bajas, al grado de que una parte de soldados se sintieron frustrados y desanimados⁷. Durante la guerra, los estadounidenses, con el apoyo de Corea del Sur, encontraron una fuerte resistencia de la insurgencia sureña y el ejército vietnamita del norte. Por lo cual el gobierno estadounidense se vio obligado a utilizar un mecanismo de contención aparentemente sutil y discreto, que se materializó con la aplicación de proyectos. Con ellos trataron de penetrar psicológicamente en las regiones de conflicto, y preparar las condiciones para la intervención del ejército, en los que contaron con la participación de Smith y Kaufman.

Según Ernesto Vidal, los estadounidenses buscaron investigadores colombianos en la Universidad Nacional y la Universidad de los Andes (1966), pero fue en Cali, en el mes de julio, donde trataron con un grupo que realizarían la investigación. Se trataba de un grupo de psicólogos, antropólogos y sociólogos. Contrataron también al sociólogo Jaime Zabala, quien se encargaría de la coordinación de la investigación. Allí los científicos colombianos se enteraron de que el proyecto tenía supuesta la intención de ser un trabajo científico, cuya solicitud había sido del gobierno nacional y solo exclusivo de dicha instancia. No se mencionaba el objetivo real de la investigación.

En torno al salario las fuentes son contrastantes. Gregorio Selser aseguraba que se componía entre ocho y diez mil pesos mensuales por cada uno de los investigadores. Calculaba también el promedio de toda la investigación: entre 85 y 90 mil dólares (1966). Esta información, sin embargo, distinta con la afir-

7 Durante la guerra, se dieron grandes movilizaciones en las filas del ejército estadounidense, provocando incluso tumultos que debilitaron las decisiones de sus superiores. Incluso, fue un aspecto decisivo que llevó al fin de la guerra.

mación de Vidal, en la que dice que «se acuerdan los términos del contrato: \$4.500.00 mensuales de sueldo, \$125.00 diarios de viáticos y prestaciones sociales correspondientes a seis meses de trabajo» (1966, p. 30). Aunque los datos no coinciden, en el fondo mostraba el ingreso de un investigador en estos proyectos. En aquel tiempo el salario en una universidad colombiana era mucho menor, y al conocerse esta información generó controversia dentro y fuera de las universidades. Un asunto que también provocó conflictos en Chile. En los dos casos, una parte de las preocupaciones se centraba en el alto salario, por lo cual provocaría que los investigadores abandonaran las universidades y se trasladarían a dichos proyectos; desestimando además los centros de investigación colombianos (Hernández, 2020a).

Los directores del Proyecto Simpático asesoraron en agosto a los científicos colombianos en Bogotá para iniciar la investigación, partiendo en Boyacá y Cundinamarca en donde se llevaron a cabo las primeras entrevistas a la población rural y urbana. La intención consistía en obtener información en torno a la población más vulnerable y empobrecida de la región. Se llenaron una serie de formularios que luego se entregaron a los estadounidenses. Sin embargo, se trataba de un ensayo, pues en realidad la investigación se centró principalmente en la Costa Atlántica, los departamentos Córdoba, Antioquia, Caldas, Tolima, Huila, Llanos Orientales, Selva, Amazonas y Putumayo. Curiosamente, se distinguía por ser de las más violentas del país, en donde involucraba varios grupos en conflicto: el Estado colombiano, las organizaciones político-militares y los paramilitares.

Los estadounidenses, no obstante, pretendían que la investigación se diera con rapidez y cautela. Sin embargo, despertó inquietudes y sospechas. Los investigadores e investigadoras dudaron de un cuestionario que, según les notificaron, sería aplicado en los cuarteles del ejército. En Chile este asunto generó gran polémica y preocupación. Las dudas y sospechas aumentaron al darse cuenta que los avances de investigación no eran trasladados a Bogotá para alguna institución gubernamental, sino que se enviaron directamente, y de manera apresurada, a Washington, y sin notificar a alguna autoridad colombiana. Los investigadores decidieron, por tanto, organizar una serie de protestas en las sedes del gobierno cuyo propósito consistió en difundir el proyecto y presentar las pruebas que mostraba el propósito y cómo se estaba realizando la investigación. Sin embargo, se encontraron con una indiferencia al no recibir respuesta alguna. Los investigadores tomaron la decisión de renunciar, no sólo como protesta, sino motivados también por su compromiso social. El seguimiento de la investigación, sin embargo, no se vio afectado, pues el grupo organizador contrató rápidamente un nuevo personal.

Los investigadores denunciaron dicho proyecto ante el Comité Intergubernamental, el cual vigilaba supuestamente los trabajos de investigación en todo el territorio nacional. Sin embargo, dicho comité lo conformaba un grupo de ministros (relaciones exteriores y de guerra), quienes fueron impasibles sobre el asunto del Simpático, ya que ellos habían aprobado la aplicación del mismo. Al abordar el tema, mostraron cierta indiferencia, e informaron que se haría una investigación al respecto. Ernesto Vidal asegura que el 2 de octubre los investigadores redactaron una carta dirigida al Comité Intergubernamental en la que denunciaron el propósito del Proyecto Simpático e intentaban demostrar que «podría servir a intereses que lesionarían la soberanía nacional» (p. 41). Firmaron los psicólogos y psicólogas Jaime Zabala, Elizabeth Acosta, Mary Cifuentes, Ligia Quintero, Jorge Medina y Alfonso Sánchez; el antropólogo social Manuel Zabala y las trabajadoras sociales Nery Paz, Mercedes Guerrero, Bernarda Lasso, Rosa Helena Hidalgo, Nazaret Moreno de Cruz y Lucila Gutiérrez. Gregorio Selser menciona que a mediados de diciembre los investigadores dirigieron un manifiesto público con el título «Manifiesto a la opinión pública». En su trabajo se puede ver dicho documento. Allí se declaraba, entre otras cosas, que:

Es nuestro deber como colombianos y profesionales denunciar ante el país –después de haber comunicado oficialmente nuestras inquietudes al Comité Intergubernamental- una investigación de tipo psico-social, denominado Proyecto SIMPÁTICO que se viene adelantando en nuestro suelo y que forma parte de una red internacional de «estudios inaceptables a nuestro juicio por sus implicaciones en la autodeterminación y soberanía de los pueblos. Nuestras apreciaciones han sido corroboradas por la prensa europea y latinoamericana, por científicos y políticos que se han pronunciado enérgicamente en contra de ellos a raíz de experiencias similares que se pretendió realizar en Chile (1966, p. 168).

Los investigadores solicitaron una reunión con los diputados del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) en la que expusieron el Proyecto Simpático y los objetivos que perseguía. Manifestaron, además, los obstáculos de algunos funcionarios del Estado colombiano quienes trataban de impedir que se difundiera dicho proyecto. Asimismo, denunciaron las amenazas que recibieron de las autoridades del Simpático, al catalogarlos de comunistas. La clase gobernante y las elites de poder colombianos y estadounidenses tomaron una posición que consideraban que la actitud de los investigadores afectaba la «libertad» y la «democracia» del país. Esta construcción ideológica, sin embargo, legitimaba a los grupos de poder y mostraban las confrontaciones entre

dos grupos distintos. En el caso del «comunista» que se constituyó como un enemigo, era una construcción ideológica de la elite de poder y la clase gobernantes para justificarse así mismos. Cabe hacer mención que, con la creación de la URSS y su expansión por otras partes del mundo, el comunismo pasó a ser el nuevo «enemigo». Esta concepción no era nueva, pues durante el siglo XIX e inicio del XX el principal «enemigo» de Occidente habían sido los africanos y sus descendientes. Pero en el caso del enemigo «comunista», se combatió su existencia, organizando golpes de estado, invasiones, crímenes de lesa humanidad (torturas, desapariciones forzadas, asesinatos extrajudiciales y genocidios), financiadas y promovidas por la clase gobernante y las elites de poder estadounidenses. En este sentido, quien no coincidía con el consentimiento de aplicar un proyecto de investigación en Colombia, se le tachó de enemigo, aunque no tuviera ninguna relación con los comunistas.

Los investigadores llegaron a una serie de acuerdos con los diputados para darle un seguimiento dentro del Congreso. A la mayoría de sus integrantes se les entregó un grupo de documentos con los que se probaba la existencia del citado proyecto.

El debate en el congreso

En cuanto al debate en el congreso, solo dos fuentes consultadas (primaria y secundaria) destacan este acontecimiento: la prensa, principalmente *El Tiempo* y la investigación de Gregorio Selser. Las cuales confirman, aunque cada uno con su postura, lo acontecido allí. A fines de enero de 1966 el diputado Ramiro Andrade del MRL, junto con un grupo de diputados del mismo partido, expusieron el asunto en el Congreso y presentaron una petición para que se citara a los ministros de Relaciones Exteriores, Gobierno y Defensa, a quienes se les exigía una explicación sobre el Proyecto Simpático. Andrade consideraba que el citado proyecto lesionaba la soberanía nacional. Según la investigación de Selser, se exigía que se informara, por un lado, de la existencia de una investigación de tipo psicosocial cuyo nombre era Proyecto Simpático, organizada por la National Research of Colombia, con sede en Bogotá. Por otro, una explicación por su similitud con el «Camelot». Por último, «exhibir y presentar los fines completos, destinación, resultados y el uso que se haya dado a los informes obtenidos» (1966, p. 164). Lo cual se estudió en la Congreso y se aprobó el 26 de enero.

El diputado Ramiro Andrade, en sesiones posteriores, hizo saber algunas referencias que se produjeron durante el seguimiento de la investigación del Proyecto Simpático que ya hemos mencionado antes. Describió, por un lado, los cuestionarios que aplicaron las fuerzas armadas; la renuncia de los inves-

tigadores colombianos al enterarse del propósito del citado proyecto y la manera en que realizaba la investigación. Por otro lado, denunció que los gobiernos estadounidense y colombiano sabían del proyecto y fueron los principales promotores. Por último, mencionó que los investigadores colombianos denunciaron ante el senado estadounidense el Proyecto Simpático, su relación con el Camelot y las amenazas que recibieron del coordinador del proyecto, Santiago Borda, de la National Research of Colombia. De acuerdo con Selser, refiere también a las que recibieron de Howard Kaufman, director de la investigación. Ramiro Andrade dijo que

En nuestro concepto, y dadas las relaciones que existen entre el Plan Camelot –cuyo texto tenemos a la vista– y el Proyecto Simpático, se deduce claramente que los datos recogidos van a ser utilizados con propósitos político-militares, y, quienes somos partidarios de una solución democrática, no podríamos aceptar esto ni entregar a una potencia extranjera, cualquiera que ella sea, datos confidenciales sobre la psicología de nuestro pueblo (1966, p. 165).

El 27 de enero de 1966 el personal de SORO negó toda relación con el Proyecto Camelot. El diario *El Tiempo* del 28 de enero de 1966, afirmó que el Proyecto Simpático consistía en un estudio para conocer los efectos «ocasionados sobre ciertos segmentos de la población colombiana por obras de servicio público rendidas por las fuerzas armadas, como construcción de carreteras y escuelas, y el suministro de atención médica» (p. 13). Por su parte, el ejército colombiano, a través del general Jaime Fajardo, justificó el proyecto señalando que el objetivo del programa tenía un carácter de acción social y quienes se encargaban de la investigación era personal colombiano (Selser, 1966). Líneas después se decía que

En la noche del 2 de febrero se inició el debate en la Cámara de Representantes colombiana, con la participación del ministro de Defensa, general Gabriel Rebéiz Pizarro, de Gobierno, Pedro Gómez Valderrama, y de Relaciones Exteriores, Cástor Jaramillo Arrubla. Tomó la palabra el diputado denunciante, Ramiro Andrade, quien pasó a historiar el Proyecto Simpático a partir de la llegada a Bogotá, a principios de 1965, de los profesores estadounidenses Howard Kaufman y Norman Smith, en representación de la SORO, el ya citado organismo de la American University, Washington. Mencionó la firma de un contrato entre ese organismo y la National Research of Colombia, con dirección y propiedad del colombiano Santiago Borda Díaz y oficinas en la calle Chapinero, principal arteria

comercial de Bogotá en la zona norte. El contrato se extendió luego con los ministerios de Defensa, Gobierno y Relaciones Exteriores (p. 167).

El ministro de Defensa, Gabriel Rebéiz Pizarro, negó que se llevaran a cabo las encuestas y consideraba que eran falsas las investigaciones. Aseguraba que ningún soldado colombiano había sido encuestado, ni tampoco esta institución aplicó ningún tipo de cuestionario a la población. Sin embargo, admitió que él integraba el Comité Intergubernamental, dirigido por el coronel Alberto Camacho Leiva, que vigilaba la aplicación del citado proyecto. El diputado Ramiro Andrade, por tanto, cuestionaba las afirmaciones de los militares, e insistía que poseía pruebas (los cuestionarios) que evidenciaban las encuestas a las Fuerzas Armadas. Aunque aseguraba que no se habían concluido en su totalidad debido a la denuncia.

Los críticos consideraban que el proyecto formaba parte de un sistema internacional de espionaje. Lo cual resultaba cierto, pues, como se dijo, el contexto político, social y cultural de aquellos años, es decir, de la guerra fría, las principales potencias en confrontación desarrollaron un sistema de espionaje apenas conocido y muy avanzado. La elite de poder, por ejemplo, no estuvo exenta de infiltraciones. El diputado Andrade consideraba que la intención consistía en espiar a numerosos ciudadanos colombianos. Aunque el proyecto se presentaba, según él, bajo un disfraz con el fin de distraer de su verdadero objetivo. En otras palabras, se presentaba bajo un programa de investigación académica que lo desvinculaba de su naturaleza político-militar. Los investigadores y diputados consideraban que violaba la soberanía nacional; estudiando primero a la población, y luego interviniendo militarmente en el país.

Los señalamientos, como decíamos, no estaban fuera de la realidad latinoamericana. Otros países de la región ya experimentaban un largo proceso de intervención estadounidense. En aquel momento el caso de Chile resultaba un tema fresco, no solo por el Proyecto Camelot, que se dio casi en los mismos términos que el Simpático, llegando incluso a la conclusión de que se vinculaban con el Colonia, sino porque era conocido que la clase gobernante y la elite de poder estadounidenses intervenían al financiar la candidatura de Eduardo Frei a la presidencia. Es posible que ya se conocía lo que Gregorio Selser llegó a decir de la siguiente manera: «El Grupo Especial de la Casa Blanca aprueba una partida de tres millones de dólares para asegurar la elección del candidato del PDC, Eduardo Frei» (2010, p. 363). Esta desconfianza llevó a Indalecio Liévano Aguirre, diputado del MLR, a decir que lo que pretendía Estados Unidos consistía en conocer «determinados datos para saber en qué momento

deben desembarcar los marines en cualquier país de América Latina» (Selser, 1966, p. 172).

El grado de controversia y dudas en torno al proyecto obligó al diputado a mostrar los cuestionarios. Sus promotores, entre ellos una parte de la elite de poder colombiana, intentaron ocultar y frustrar cualquier mención al respecto. Incluso, como respuesta a las críticas, el 5 de febrero el subdirector de SORO, William A. Lybrand, justificó el proyecto y afirmó que se realizaba bajo el consentimiento del Departamento de Estado colombiano. Esta información lo confirma el diario *El Tiempo*, publicando la siguiente nota fechada el 6 de febrero de 1965 en el que se afirma que según Lybrand:

Un estudio para determinar qué tan efectivos o inefectivos han sido los varios proyectos de servicios públicos de acción cívica del gobierno colombiano en mejorar la situación de los habitantes para quienes han sido concebidos. Los tipos de proyectos de acción cívico-militar que están siendo estudiados incluyen atención médica, construcción de caminos y servicios de agua para elementos rurales por el ejército colombiano; programas similares de acción comunal no militar de otros componentes del gobierno colombiano también están siendo estudiados (p. 14).

En este sentido la información de Gregorio Selser confirma que, otro momento, William A. Lybrand continuaba justificando el propósito del proyecto bajo una perspectiva neutral e inofensiva:

SORO ha conducido y continuará conduciendo estudios científicos objetivos pedidos por el Ejército y sostenidos por fondos de la Defensa, que SORO cree que interesan al gobierno y al pueblo de los Estados Unidos. El patrocinador militar de SORO nunca ha interferido la independencia profesional de SORO, dictado anticipadamente lo que deban ser los resultados científicos de sus estudios. Siempre que los estudios de SORO significan trabajar con el gobierno de cualquier nación extranjera a solicitud suya, SORO ha actuado, y lo seguirá haciendo, en lo que cree que son los mejores intereses de esos países. En ninguna circunstancia SORO ha conducido ni conducirá investigaciones que violen la soberanía de alguna nación (1966, p. 175).

La controversia generada por el citado proyecto no impidió que la investigación siguiera su curso y se concluyera. Como se dijo, no tuvo el alcance mediático internacional como el caso chileno. Es posible que, por esta particularidad, otros proyectos de investigación similares como Numismático y Reasentamiento que se aplicaban en otros países de la región en estos días,

siguieran sus cursos. Es pertinente, por otro lado, profundizar lo que ya hemos abordado para observar cuál fue el papel de la prensa en este debate, y distinguir la postura de cada uno de los diarios.

El papel de la prensa político-mediática

A mediados de siglo XX una parte de la prensa, cuya propiedad pertenecía a la clase gobernante, solía hacer afirmaciones que dejaban ver una realidad desconectada o aislada del conjunto de los problemas que experimentaba cotidianamente la población latinoamericana (Hernández, 2020a). Aunque, como veremos en el caso colombiano, algunas afirmaciones resultaban ciertas en cuanto a las personas involucradas en el proyecto; otras se manifestaban como espectáculo. Es decir, constituía un sistema de la falsedad mediante la distracción, un régimen fuera de la realidad por medio del disimulo, constituyéndose como un mecanismo propagandístico que en cierto sentido manipulaba. En otras palabras, se trataba de las relaciones de poder en el que se colocaba a los principales enemigos a vencer, entre estos, el comunismo. Sin embargo, en otros casos reafirmaban o cuestionaban algunas posturas. Así también sus «productos informativos» no dejaban de ser una mercancía más, que se consumía como cualquier otra, la cual se podría comprar en el mercado de la «información». Esto era también la dinámica de la propaganda. Una parte de la prensa que se sumó al debate, no solo pretendía descalificar al oponente, sino también le interesaba vender. De hecho, de eso vivían y se sostenían. No obstante, la prensa también jugó el papel de actor, poniendo su medio de información en segundo plano. Sus notas «informativas» se convirtieron en mercaderías prefabricadas para que sus consumidores entraran en un mundo ficticio que generaba confusión. Cabe hacer mención que no todos los diarios consultados fueron constantes en la discusión. Algunos participan menos que otros. Es posible que se relacionen con la actitud frente al Simpático. Es decir, los intereses que se jugaban en torno a ello.

Al propagarse la existencia del proyecto y al generarse la controversia en el Congreso, la prensa se sumó al debate, teniendo una actitud ambigua. Por un lado, publicó algunas notas en las que defendía el proyecto; por otro, criticaba el objetivo del mismo. Dependía de línea editorial; además de la postura y lugar de sus propietarios. En algunos casos el diario *El Espectador* mostraba una actitud firme, y defendía a quienes cuestionaban el citado proyecto. Publicó una nota con el título «El Plan antipático», en el que, por un lado, festejaba la firmeza del diputado Ramiro Andrade quien lo denunciaba en el Congreso; por otro, aseguraba que la investigación tenía un carácter intervencionista en los asuntos internos de Colombia (Vidal, 1966).

En el caso del diario *El Tiempo*, propiedad de la clase gobernante colombiana (Rouquié, 1984),⁸ asumió una actitud distinta. El 7 de febrero de 1966 defendía el objetivo del Simpático, y condenaba a Cuba y otros países socialistas de intervenir en los asuntos internos de Colombia. Es decir, se refería al apoyo del gobierno revolucionario a las organizaciones político militares en la región para ampliar la revolución en América Latina. Se veía como una intervención al estilo de la clase gobernante y las elites de poder estadounidenses. En un artículo firmado por Alberto Galindo con el título «El Plan Simpático» mencionaba que

Hay que hacer votos porque el actual debate en la cámara de representantes sobre el paradójicamente llamado «Plan Simpático», sirva para dejar establecido en forma bien categórica, ojalá por medio de una proposición final aprobada en forma unánime, que en concepto del Congreso de Colombia –como de la nación misma- no hay intervenciones buenas e intervenciones malas de un Estado o grupo de Estados en los asuntos internos de otro, de la propia manera que no hay tiranías buenas y tiranías malas. Todas las intervenciones, como todas las tiranías, como todas las violaciones del derecho de los pueblos y de los individuos son repudiables, deben ser rechazadas y condenadas. Lo que se necesita realmente es alcanzar que ninguna potencia, ninguna nación, bajo pretexto, pueda afectar la soberanía de otras, sin quedar sometida a sanciones específicas señaladas por el derecho internacional para todas las formas de agresión. Porque intervención, como despotismo, sea para lo que fuere, venga de donde viniere, es agresión.

Esto hay que decirlo así, porque abundan los políticos y parlamentarios que se desgañitan protestando contra la intervención cuando desembarcan tropas norteamericanas en Santo Domingo, o cuando descubren los cuestionarios del «Plan Simpático», que desde luego constituyen una flagrante violación de la soberanía del país por elementos extranjeros con o sin autorización oficial de Washington y de Bogotá, pero guardan complacido silencio frente a los anuncios que la Conferencia Tricontinental de la Habana hizo, y en ella delegados oficiales de la Unión Soviética, de Cuba y China comunista, de que fomentaran revueltas armadas y todas las formas de la subversión en los países latinoamericanos. Y no solamente guardan silencio complacido ante esos anuncios públicos y

8 Enrique Santos Calderón y Daniel Samper Pizano, eran hijos de dos familias de la oligarquía colombiana, propietarios y periodistas de este diario.

oficiales de intervención extranjera en los asuntos internos de otros estados, sino que viven listos a usufructuar las oportunidades políticas que de esa intervención puede lograr (p. 4).

En el libro de Ernesto Vidal, *El «plan simpático» en Colombia*, vemos una nota completa del diario *El Tiempo*, transcrita por el autor, con el título «Por lo menos inútil» en el que, sin firma, se menciona a no caer en exageraciones en torno al Simpático:

No creemos que el llamado proyecto «simpático» que de «simpático» tiene por cierto muy poco –ofrezca materia para el escándalo y mucho menos para la demagogia. Pero si valdría la pena conocer con mayor precisión la manera como se ha venido adelantando, porque estas cosas, hechas con un poco de ligereza, se prestan para despertar susceptibilidades y estimular reacciones totalmente contrarias al propósito que parece alentar a los investigadores de opinión.

En América Latina ha habido experiencias que debieran servirnos para no caer en la tontería de estos programas de averiguación, en cuyo desarrollo inciden cosas más de la intimidad nacional de la soberanía patria, que de trascendencia internacional. En Chile hace poco uno de estos proyectos provocó reacción oficial encendida, y fue el propio gobierno del presidente Frei el encargado de ordenar suspenderlo y pedir el retiro de los especialistas de la encuesta (p. 55).

En una nota del 9 de febrero de 1966 del mismo diario, con el título «El Plan Simpático no viola la soberanía. Dice canciller en la Cámara al defender la intervención del gobierno», sin firma y con un tono neutral, se describe los debates que se llevaron a cabo en el Congreso entre los cuales se cuestiona y se defiende la administración del presidente Guillermo León Valencia (1962-1966) del Frente Nacional, así como en torno al Proyecto Simpático y se afirmaba, entre otras cosas, que:

El ministro de relaciones exteriores, Castor Jaramillo Arrubia, al explicar anoche en la Cámara los antecedentes y ejecución del «Plan Simpático» en Colombia, afirmó que, por el control y fiscalización del gobierno, la soberanía nacional se había puesto a salvo.

El canciller defendió la actuación del gobierno en esa investigación sociológica, y dijo que ningún momento, como se ha expresado, era igual

al «Proyecto Camelot», que se iba a realizar a espaldas del gobierno chileno.

El ministro, junto con sus colegas de gobierno, Pedro Gómez Valaderrama, y Defensa, Gabriel Rebéiz Pizarro, concurrió anoche a la Cámara para la continuación del debate planeado, la semana pasada por Ramiro Andrade.

Jaramillo Arrubla, en una exposición documentada, elogió la intervención de Andrade porque «elevó la dignidad del parlamento colombiano», pero lamentó que la documentación incompleta del representante del MRL le hubiera hecho llegar a conclusiones inexactas sobre el «Plan Simpático».

El alto funcionario del gobierno respaldó los cargos hechos a la administración en torno a la ejecución de ese proyecto, y señaló: «nosotros colaboramos con los extranjeros que quieren venir a ayudarnos porque estamos detrás de una cortina de hierro».

Indicó que para lograr el desarrollo hay que planificar y hacer investigaciones sociológicas que permitan orientar mejor los proyectos, y dijo que los programas de acción comunal, de acción cívico-militar y cuerpos de paz, se consideran como medios importantes para obtener los campos que el país requiere.

Defendió la realización de ese tipo de investigaciones y dijo que el Plan Camelot es distinto en todos sus órdenes (p. 1).

Días después, el 28 de febrero de 1966, *El Tiempo* publicó una nota con el título «Fajardo habla del Plan Simpático», en la que se observa una actitud distinta, y se decía que:

Es para precisar el efecto de los programas de cooperación, dice: lo realizan solo colombianos. Funcionarios norteamericanos restaron ayer importancia en Washington a la denuncia hecha en Bogotá por el representante Ramiro Andrade, del MRL, sobre el denominado «Plan Simpático».

Un vocero norteamericano dijo que las afirmaciones hechas por el parlamentario, pueden obedecer a «pirotecnia preeleccionario».

En Bogotá, entre tanto, el comandante general de las FF. AA., Jaime Fajardo Pinzón, admitió que se trata de un plan investigativo destinado a precisar los resultados de los programas de cooperación de distintos organismos con Colombia.

Fajardo dio seguridades de que el personal está encargado de esa tarea, es totalmente colombiano (p. 1).

En tanto que el diario *La Nación* publicó una nota fechada el 14 de febrero de 1966 bajo el título: «Colombia no estima lesivo a su soberanía el Plan Simpático», en la que se mencionaba que el ministro de relaciones exteriores, Castor Jaramillo Arrubla, no pedirá al gobierno estadounidense la suspensión del Proyecto Simpático porque la investigación es de máxima importancia para el país y los ciudadanos colombianos (Vidal, 1966). Daba a entender, según la afirmación de este diario y por los resultados que provocó el debate, el Proyecto Simpático no tuvo ningún obstáculo para su conclusión.

Resultados

La movilización de los investigadores e investigadoras y el debate en el Congreso liderado por los diputados del MLR, como se dijo, no frenó el seguimiento de la investigación. No obstante, la administración del presidente Guillermo León Valencia del Frente Nacional, quedó en evidencia ante su participación en el proyecto. De la misma manera, se difundió el involucramiento del resto de la clase gobernante y elites de poder estadounidenses y colombianas, quienes fueron los principales organizadores, financiadores y promotores. La movilización se desarrolló entre un ir y venir, desde que el primer grupo de investigadores e investigadoras se enteró del objetivo del proyecto y presentó su renuncia. Lo cual no impidió su seguimiento, pues rápidamente la SORO lo sustituyó por uno nuevo, el cual quedó prácticamente oculto y en el olvido porque no se saben hasta hoy cuales son los nombres. El primer grupo, motivado por su compromiso social e impactado por los acontecimientos que ocurrían en la región, fue importante al tomar la iniciativa en manifestar su descontento públicamente e introducir un debate en el Congreso. A partir de entonces el proyecto entró en una falta de legitimidad, profundizando el desprestigio de quienes lo habían organizado. Por otro lado, generó mayor credibilidad no sólo a los investigadores e investigadoras colombianas, sino también a los diputados y organizaciones sociales que sumaron a la movilización y al debate. La psicología y los psicólogos, la antropología y los antropólogos, así como la sociología y los sociólogos latinoamericanos, alcanzaron mayor

credibilidad. En otras palabras, los científicos sociales de la región, gozaron de mayor legitimidad. Desde el principio del decenio de 1960 se convirtió en un asunto que se discutía en la mayor parte de América Latina, luego de que el intelectual latinoamericano jugó un papel en la lucha revolucionaria, comprometiéndose a participar en los problemas que ocasionaban la desigualdad social en la que se encontraba la mayor parte de la población en la región. En esos años, también ciencias sociales latinoamericanas entraron en un proceso de legitimación e institucionalización que ya se consolidaba en el caso chileno (Garretón, 2014).

Las organizaciones político militares (guerrilleros) también entraron en un proceso de credibilidad. Lo cual motivó a una nueva reorganización entre sus filas que debió continuar enfrentando a la clase gobernante y la elite de poder estadounidense y colombiana. Muestra de ello, es la fundación del Ejército de Liberación Nacional en julio de 1964 (Selser, 2010). En los siguientes años, se intensificaron los enfrentamientos entre el Estado y las organizaciones político militares. Desde mayo el gobierno inició una guerra de exterminio contra Marquetalia, que se prolongó mucho tiempo después de finalizar la investigación. La violencia de los grupos armados, entre los cuales se encontraba el ejército, iba en aumento. El Proyecto Simpático no incidió sobre los grupos movilizados; no tuvo mayor incidencia en cambiar las condiciones políticas y sociales de los grupos que enfrentaban al Estado. Este enfrentamiento continuó décadas después. Por tanto, fracasó la estrategia de las elites de poder que tenían la intención de suprimir todo germen de conciencia social que permeaba en las filas de la pequeña burguesía y las clases más desprotegidas y populares de la sociedad colombiana. No obstante, se mantuvo una alianza de los grupos de poder, que le permitió a la clase gobernante colombiana (oligarquía terrateniente) seguir expropiando y el despojando a los pequeños y medianos agricultores (Rouquié, 1984).

La violencia se convirtió en un mecanismo de dominio de la clase gobernante y las elites de poder para mantener su supervivencia en tiempos de grandes cambios. En el decenio de 1970, la mayoría de los proyectos de investigación no lograron su objetivo. El Proyecto Marginalidad que se aplicaba en 1968 en Argentina se sumó a este fracaso, al entrar en un proceso de grandes discusiones, rechazos y movilizaciones, obligando a que sus fundadores y sus financiadores se justificaran (Hopen, 2015). El desprestigio alcanzado motivó a que dejaran de serles útiles u obligando a que se transformaran. Su transformación, no obstante, dio lugar a proyectos mucho más sutiles y discretos. La comunidad latinoamericana que los impugnó, la cual fue decisiva para cercarlos, desprestigiarlos y sobre todo cancelarlos, asestaron un golpe a la clase

gobernante. Los proyectos de investigación no volvieron a aparecer, o por lo menos no en su formato original. Sin embargo, lo que no se exentó, fue la participación de antropólogos en misiones coloniales, o en el mantenimiento del orden social de la clase gobernante y las elites de poder. Luego de la invasión estadounidense a Irak y a Afganistán a inicios del siglo XXI, se financió a «un equipo de antropólogos y otros científicos sociales para su utilización permanente en unidades de combate de las tropas de ocupación de Estados Unidos» (López y Rivas, 2013). Es decir, la dimensión ideológico-cultural de la guerra fría que se manifestó en el decenio de 1960, continuó bajo otros parámetros.

A manera de conclusión

La dimensión ideológico-cultural de la guerra fría en América Latina se materializó, entre otros, en el Proyecto Simpático. Se aplicó en Colombia en 1965 y durante el proceso de organización y ejecución, generó una gran polémica entre una clase gobernante y elite de poder colombianas y estadounidenses, con otra elite colombiana que no se adhería a ellas. Formaba parte de las misiones coloniales e imperialistas, y el mantenimiento del orden social dominante. Dicho proyecto formaba parte de un conjunto de investigaciones que se ejecutaban en América Latina. Las cuales trascendieron los límites territoriales continentales, pues abarcó también el sudeste asiático. En Vietnam, durante la guerra, los citados proyectos de investigación cumplieron un papel de contención a la resistencia de los insurgentes vietnamitas, principalmente en la época en que las fuerzas armadas estadounidenses participaron directamente en el conflicto. Su poderío tecnológico-militar y cultural no logró contrarrestar la fuerza de seres humanos organizados que luchaban para liberarse del dominio de Estados Unidos.

Los proyectos investigación socio-antropológicas, entre los que se encuentra el Proyecto Simpático, aparecieron asimismo en un periodo de crisis social y política continental e intercontinental. La clase gobernante y las elites de poder reaccionaron ante el peligro que representaba, por citar un caso, el triunfo de la Revolución cubana. Su influencia en la región modificó las condiciones políticas y sociales. Por lo que dichos grupos de poder organizaron y financiaron un grupo de proyectos solicitando el trabajo de un conjunto de antropólogos y sociólogos. Es decir, se apoyó de las élites latinoamericanas más ilustradas creando una nueva estrategia de penetración ideológica que se presentó en proyectos de investigación. Fijó su atención en Colombia que, entre otros países del continente, atravesaba por un periodo de crisis e inestabilidad política y social, convirtiéndose en una manera en que se expresó también guerra fría ideológico-cultural. No obstante, los proyectos aparecieron en

un periodo de crisis económica del capitalismo de posguerra, extendiéndose por más de una década y dándose recurrentes crisis que desestabilizaron los regímenes político-económicos, no solo de las potencias mundiales sino de los países poco avanzados. En términos sociales, dicha crisis se materializó en las grandes protestas que se organizaron de manera espontánea en muchas partes del mundo, y se acumularon en 1968, provocando la reacción por parte de las elites de poder que se materializó en una fuerte represión con muertos y desaparecidos.

El Proyecto Simpático se presentó como una solución a los problemas de dominación de la clase gobernante y la elite de poder estadounidenses en América Latina. Lo cual no era ajeno a la crisis en Colombia y al fortalecimiento de la violencia estatal en contra de algunos grupos que la respondieron. No obstante, su origen, por lo menos en lo inmediato, inició con el asesinato del líder liberal y popular Jorge Eliécer Gaitán, ocurrida el 9 de abril de 1948. Desde entonces las masas se volcaron en la organización política y social, e intensificaron la lucha guerrillera de fracción liberal que respondieron a esas condiciones. El Partido Comunista de Colombia que en octubre de 1949 formuló su política de autodefensa de masas, dirigió las guerrillas del sur del Tolima, que fue la matriz de un amplio movimiento campesino. El movimiento campesino de Villarrica, de orientación comunista, confrontó a la dictadura militar de Rojas Pinilla desde 1954. Durante esos años, la dirección del PCC, se afirmó en el campesinado del norte del Tolima y otras regiones que dieron lugar a zonas organizadas en Marquetalia, Pato, Ríochiquito, entre otros.

El gobierno colombiano vio con gran interés esta región. No es casual que en el decenio de 1960 haya sido una zona estudiada por las elites de poder estadounidenses y colombianas que se materializó en el Proyecto Simpático. Allí también inició una parte de la movilización que permitió la caída de la dictadura militar en 1957. En mayo de 1964 el gobierno colombiano intensificó la guerra de exterminio en la región de Marquetalia, poco antes que se formulara el Proyecto Simpático. En este mes se fundaron dos organizaciones político militares castro-guevaristas: las Fuerza Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en mayo de 1964 y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) el 4 de julio. Proliferaron también organizaciones campesinas, obreras y estudiantiles que asestaron duros golpes al orden político, social y cultural dominante. El gobierno colombiano, por tanto, necesitó del apoyo externo y promovió la aplicación del Proyecto Simpático. La clase gobernante y las elites de poder estadounidense, sin embargo, ya los ejecutaban en algunos países de América Latina, como el caso chileno, convirtiéndose en una parte de la violencia planificada y de línea blanda. El objetivo de la investigación,

entre otros, consistió en estudiar las reacciones de la población ante los programas de acción cívica; principalmente en zonas de conflicto. Pero como se anotó en el último apartado, no impidió que las clases sociales estudiadas, siguieran manteniéndose movilizadas, y, por el contrario, adquirieron mayor credibilidad.

El Proyecto Simpático lo dirigió la SORO, entidad del Departamento de Defensa de Estados Unidos. Su relación con la Universidad Americana, cuya propiedad pertenecía a la clase gobernante, no resultó ajeno que Norman Smith y Howard Kaufman, integrantes de las elites de poder estadounidenses, trabajaran para estas instituciones. Con experiencia en Vietnam, dirigieron el citado proyecto que se centró en la Costa Atlántica y en el centro de Colombia, zonas de violencia estatal y operaciones de las organizaciones político-militares colombianas. Sin embargo, al igual que en Chile, se encontraron con una fuerte resistencia que se debió principalmente a que los estudios que se aplicaron a los grupos vulnerables y las instituciones del Estado, pretendían intervenir en los asuntos internos del país.

Las relaciones de fuerza que se dieron en torno a los proyectos de investigación en América Latina, y en particular el Proyecto Simpático en Colombia, se produjeron en el contexto del surgimiento del intelectual latinoamericano comprometido con las causas revolucionarias. Se posicionó dentro de un campo político dividido en ideologías opuestas, producto, en gran parte, de la influencia de la Revolución cubana y las luchas sociales que se dieron en el decenio de 1960. En estos años, el intelectual crítico-revolucionario, que se oponían al orden social existente, luchó política, intelectual e ideológicamente, por construir un nuevo orden social. La participación de académicos en proyectos de investigación al servicio de la clase gobernante estadounidense y colombiana, se contrapuso a aquel grupo. Dentro de las elites de poder latinoamericanas e incluso estadounidenses, constituyeron una unidad antagónica en la que salieron a relucir las contradicciones.

El nuevo contexto, sin embargo, no sólo se limitó al espacio académico, sino también se involucraron en la militancia y movilización social, principalmente quienes no se adherían a la clase gobernante estadounidense y colombiana dominantes. La elite latinoamericana, crítica de los proyectos socio-antropológicos estadounidenses, analizó, criticó y rechazó todo indicio que se relacionara con ellos. Asimismo, analizó críticamente las posturas de las ciencias sociales que fueron difusoras de la ideología dominante. En el otro lado, se encontraba un grupo que aplicó los proyectos y defendió las ideas dominantes. Entre sus integrantes, algunos, trabajaron para las fundaciones privadas que poseían un gran poder económico mundial como la Ford y la Rockefeller.

Referencias

- Bowers, R. V. (1971). «La institución militar». En Paul F. L., et. al. *La sociología en las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Calvo Ospina, H. (2018). *El terrorismo de Estado en Colombia*. Caracas: Ediciones El perro y la rana.
- Corti, B. (2015). *Jazz argentino. La música «negra» del país «blanco»*. Buenos Aires: Gourmet.
- Davison, W. P. (1971). La política exterior. En Paul F. L., et. al. *La sociología en las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Domhoff, G. W. (2003). *¿Quién gobierna Estados Unidos?* México: Siglo XXI.
- Esteve Martí, Javier (2021). *El papel de la CIA en la institucionalización de los Annales braudelianos y su impacto en la historiografía marxista europea durante la Guerra Fría cultural*. Santiago de Chile: Universidad de Chile. Informe para optar el grado de Licenciatura en Historia.
- Garretón, M. A. (2014). *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina. Estudios sobre transformaciones sociopolíticas y movimiento social*. Santiago de Chile: Lom.
- Gilman, C. (2012). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Graziano, Walter (2013). *Hitler ganó la guerra*. México: Debolsillo.
- Gorelik, A. (2025). *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX*. Siglo XXI.
- Gruzinski, S. (2004), *La ciudad de México. Una historia*. FCE.
- Hernández R. R. (2020a). La polémica del Proyecto Camelot en Chile. En *Revista De raíz diversa. Revista especializada en Estadios Latinoamericanos*, 7 (13), 111-136. <https://doi.org/10.22201/ppela.24487988e.2020.13.72349>
- Hernández R. R. (2020b). El jazz en México a mediados del siglo XX. En *Revista Musical Chilena*, 233, 28-48.
- Hernández R. R. (2025). La colección de jazz de Carlos Monsiváis. En Mauricio Sánchez Menchero (Coordinador). *Carlos Monsiváis. Bibliofilia, coleccionismo y redes culturales*. México: CEIICH-UNAM.
- Hopen, D. (2015). Sobre el Proyecto Marginalidad. En Néstor Kohan (Compilador). *Ciencias sociales y marxismo latinoamericano*. Buenos Aires: La llamarada.
- Horowitz, I. L. (1966). «Vida y muerte del Proyecto Camelot». http://rcsdigital.homestead.com/files/Vol_X_Nm_2_1966/Horowitz.pdf, 145-165.
- Kent, Carrasco, D. (2021). La guerra fría cultural en el Tercer Mundo: el Congreso por la libertad de la Cultura en México e India. *Secuencia* (111), e1931. DOI: <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i111.1931>
- López y Rivas, G. (2013). *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos. Manuales*,

mentalidades y uso de la antropología. México: Ocean Sur.

Maechling, Charles Jr. (1990). Contrainsurgencia: la primera prueba de fuego. En Klare, M. T. y P. Kornbluh. *Contrainsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*. México: Conaculta, Grijalbo.

Mills, C. W. (2013). *La élite del poder*. México: FCE.

Nación, La (agosto, 1965-febrero, 1966). Bogotá, Colombia.

National Security Archive (3 de septiembre de 2025). CIA Information Report, «Cuban Support of Guerrillas in Colombia». <https://nsarchive.gwu.edu/document/33260-document-01-cia-information-report-cuban-support-guerrillas-colombia-secretnofofn-1>

National Security Archive (3 de septiembre de 2025). CIA Memorandum, «Cuban Training of Latin American Subversives». <https://nsarchive.gwu.edu/document/33261-document-02-cia-memorandum-cuban-training-latin-american-subversives-secret-45-pp>

Palacios, M. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: FCE.

«Presentación». Imperialismo y ciencias sociales (1970). En *Referencias. Revista del Partido Comunista de Cuba*. Universidad de La Habana, 1 (2), 3-6.

Rojas, R. (2025). *La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría*. México: Siglo XXI.

Rouquié, A. (1984). *El estado militar en América Latina*. México, Siglo XXI.

Sala, L. (2021). Las ideas externas en las doctrinas militares latinoamericanas de la guerra fría. *Secuencia* (111), e1946. DOI: <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i111.1946>

Selser, G. (1966). *Espionaje en América Latina. El pentágono y las técnicas sociológicas*. Argentina: Ediciones Iguazú.

Selser, G. (agosto de 1967). Sociología y espionaje. En *Pensamiento Crítico*. No. 7.

Selser, G. (7 de junio de 1967). Espionaje sociológico en Venezuela. *El Nacional*.

Selser, G. (2010). *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*. Tomo IV. México: CEIICH-UNAM. UACM.

Suárez, L. (2006). *Un siglo de terror en América Latina. Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la humanidad*. La Habana: Ocean Sur.

Tiempo, El (agosto, 1965-febrero, 1966). Bogotá, Colombia.

Tótoro Taulis, D. (2025). *Camelot*. Santiago de Chile: Ceibo.

Toussaint, M. (2010). Prólogo. En Selser, Gregorio. *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*. Tomo II. México: CEIICH-UNAM. UACM.

Urrea Garrido, C. (2021). *El papel de la CIA en la institucionalización de los Annales braudelianos y su impacto en la historiografía marxista europea durante la Guerra Fría cultural*.

Informe para optar al Grado de Licenciatura en Historia. Universidad de Chile.

Vadillo López, C. de J. (2016). *La historiografía política mexicana al diván del análisis: 1970-2000*. México: Navarra.

Vidal, E. (1966). *El «plan simpático» en Colombia*. Bogotá: Ediciones MRB.

Zinn, H. (2010). *La otra historia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI.

Zuckermann, A. (2022). *El jazz en la Ciudad de México*. México: FCE.